

O.O DE JUZGADO DE GUARDIA

Una habitación pequeña. Una mesa grande, cuatro sillas. Tres de ellas ocupadas por personas que no se atreven a levantar la mirada más arriba de la madera de la mesa. El hombre de traje, el más joven, pasea alrededor de la mesa, y sus pisadas sonoras ponen nerviosa a la única mujer de la sala.

Su mirada inquisitoria le hace entender el mensaje. Y obedece... Se sienta.

- ¿Ahora qué? – pregunta el otro hombre de traje - ¿qué es lo que vamos a hacer?
- pues no lo sé bien – contesta colocándose bien el nudo de la corbata – todo depende del testimonio de su hijo. Es nuestra última oportunidad
- ya he dicho que no voy a hacerlo
- ¿y estás seguro de arruinar tu vida por alguien así? – el arrogante abogado le mira como se mira a un niño pequeño que no es capaz de decidir por sí mismo
- además, por un muerto de hambre – dice su padre, sin dejar de fumar, sin atreverse a mirarle a la cara.

Javi no recuerda la última mirada que le regaló su padre.

- Javi – interviene también la madre, intentando disfrazar su disgusto con un tono suave y aterciopelado – no echas a perder tus estudios, nuestro dinero, toda tu vida por ese “pillao” que nada te va a agradecer
- lo siento mamá – fue lo único que acertó a decir, recogiendo las lágrimas de esa buena mujer que no merecía sufrir así – no puedo hacer otra cosa
- sí que puedes – dijo de nuevo el abogado – solo tienes que decir que te robó la moto
- pero es que no me la robó. Es más, todos sabéis que él no estaba allí, que fui yo
- no vuelvas a decir eso – sentenció su padre, mirándole de nuevo, y volviendo a demostrarle que su orgullo estaba muy por encima de cualquier otro sentimiento. Por mucho que su hijo lo necesitara.
- Además, Javi – la madre empezaba a dibujar un río sobre su cara - ¿desde cuándo le conoces? Si no es nadie
- ¿desde cuándo le conozco?... pues hace ya muchos años. Tú lo sabes bien
- ¿yo? – pregunta ruborizada, pigmentando sus mejillas, recibiendo la funesta mirada de su esposo – yo no le había visto en mi vida. Te lo prometo, Francisco
- vale – interviene de nuevo el abogado, intentando así evitar otra discusión paterno-filial que no conduciría mas que a perder más tiempo – le conoces de hace tiempo, pero dudo que sea un buen amigo tuyo
- nunca me ha fallado
- pero si es un tirado, un pobre sin alma, un muerto de hambre
- y una persona
- ¿estás seguro? Vas a echar a perder tu vida por alguien que, posiblemente, mañana no esté vivo
- sí – sonríe el abogado – ese se mete un chute y se queda en el sitio. Está muy mal
- ¡qué equivocados estáis! – dice con desgana, mirándoles desafiantemente
- ¿me vas a decir que no es un puto yonqui? – pregunta el padre, levantándose de la mesa, y sacando un Winston 100 del bolsillo de su chaqueta
- aquí no se puede fumar – le regaña la madre
- pues que me detengan también. De todos modos este hijo mío va a acabar conmigo
- pues entonces dame a mí otro, que tengo un mono...
- Emi no se mete mas que alcohol y porros... Es un alcohólico, no un yonqui
- ¡ah, usted perdone! – dice el padre con sorna – mira, niñato, te lo voy a decir otra vez

- tranquilo Francisco – la madre intenta detenerle para que no coja del cuello a su propio hijo. Ella conoce mejor que nadie esa mirada rabiosa. También la ha sufrido en silencio, sin compartirla con nadie
- te lo voy a decir muy clarito, gilipollas. Vas a ponerte delante del juez, le vas a decir que ese mierda te robó la moto, y que tú estabas estudiando en casa de tu amigo Cata
- ¿y si no lo hago?
- si no lo haces dejaré que te pudras en la cárcel, y cuando salgas estarás solo, sin familia, sin dinero, ¡sin nada!

O.1 LA ALSINA

Cinco de la tarde de un mes de Junio caluroso. Época de exámenes finales. Mala época para un evento deportivo de masas. Estamos ante la ceremonia de inauguración del mundial de Italia. Era 1990.

Antonio, Charly, Cata, Dani, Jesús, “el compadre”, y Javi, como siempre, pensaban que se podía ganar por fin. Están emocionados ante un mes emocionante, si no caían en cuartos, como siempre.

El día estaba preparado para una fiesta, pero la visita de su prima acabó con la fiesta. El abuelito se muere – le dijo Chelín con los ojos vidriosos.

Javi entró en su habitación buscando una ropa que no sabía dónde estaba. Abrió el armario, echó el bolso gris sobre la cama, y empezó a colocar ropa sin saber muy bien la que necesitaría para un fin de semana que se antojaba largo y triste.

Antonio, Jose y Carlos le miraban apoyados sobre el marco de la puerta sin saber muy bien qué decir mientras Javi metía y sacaba calzoncillos, camisas y pantalones. Nada de lo que escogía parecía gustarle una vez lo depositaba en el bolso.

- No os preocupéis, estoy bien – les dijo antes de marcharse a la estación de autobuses. Fue en la estación de autobuses de La Redonda donde apareció Elemi por primera vez en su vida.

Javi estaba esperando en la cola de la taquilla, en el amplio hall de paredes de mármol grisáceo, y ventanales sucios, cuando alguien le tocó en el hombro.

- Primo – le dijo un tipo desdentado al que faltaban tres o cuatro dientes, un pobre muerto de hambre, sonriéndole con esos ojos que denostaban una mala noche o un mono incipiente

- ¿qué quieres? – dijo Javi, algo malhumorado y preocupado

- primo – repitió – primo ¿me puedes “emprestar argo”? es que endispúes me voy pa Motril y me farta guita

- no tengo dinero – contestó Javi, devolviendo su pensamiento al viejo que le abandonaba, y la vista al reloj situado sobre la taquilla

- venga primo, no seas malaje – volvió a insistir el puto yonqui

- te he dicho que no tengo dinero – contestó malhumorado al notar su sucia mano sobre la ropa - ¿es que eres sordo?

- ¡cucha er tío! Tampoco es “pa” ponerse “asín”... que solo te “pidió pa la arsina”

- ¿seguro que es para la arsina? – preguntó Javi, enojado con el mundo porque creía que no llegaría a tiempo de ver a su abuelo antes de morir

- pos claro que sí, “engurruñío”

- mira – le dijo más tranquilo, sabedor de que no tenía porqué montar un lío allí, y que, además, debía tener cuidado con un tiparraco como el que tenía frente a sí – vamos a hacer una cosa

- el qué – preguntó limpiándose los mocos sobre la camisa de cuadros sin botones que vestía

- como tengo varios billetes pagados te saco uno si es lo que quieres. Y podrás irte a Motril sin ningún problema ¿qué te parece? – le preguntó esperando una respuesta negativa

- ¿Qué me parece?... pos “cojonuo”, ¿Qué me va a parecer?

- pues nada, te saco el billete ahora mismo. ¿A qué hora lo quieres?

- pos a la “mismítica” que tú, “pa” la arsina que viene

- de acuerdo. Espera allí y cuando lo saque te lo doy – le dijo observando cómo se alejaba hacia la puerta que conducía a los andenes.

Era curioso cómo todo su aspecto de ser peligroso de momentos antes, se había metamorfoseado en el de una débil oruguita, con lento caminar, cabizbajo, y con visibles tiritones. Daba pena. Mucha pena.

Al sacar el billete el yonqui le vigilaba desde la puerta. No se fiaba de él. Mirándole descaradamente le enseñó el billete y se dirigió hacia él.

- Gracias primo – me dijo cogiendo el billete – “encontao” que pueda te lo pago

- no hace falta hombre – le dije empezando a resultarme simpático a pesar de su nefasto aspecto – no te preocupes. De todos modos lo paga mi padre

- pos aprovéchate de que lo tienes. Yo no conocí al mío, ¿jae?.

Viendo que se enrollaba y que aún quedaba más de media hora para que el bus partiera, me despedí diciéndole que tenía que llamar por teléfono. Le mentí, di la vuelta por la cafetería, saliendo al parque y entré a los andenes por la puerta de los autobuses.

Cuando abrieron las puertas del bus me subí, y tras de mí más gente, todos conocidos, por lo menos de vista.

Estaba el autobús a punto de salir y Elemi no entraba. No sé si me alivié o no por sentirme estafado. Creo que sí. Por lo menos no tendría que aguantar su olor.

Ese ha vendido el billete – pensé – me la ha pegado bien. ¡Menudo cabrón!.

Pero volvía a equivocarme. Elemi, con peor aspecto que antes, subía las escaleras del autobús, le dio el billete al conductor, y levantó la cabeza intentando encontrar lo que, para mi desgracia, encontró sin dificultad.

El conductor miraba una y otra vez el billete, intentando ver algo que no cuadrara. Lo picó, se lo entregó y Elemi comenzó a caminar por el pasillo mientras todos los que ya estaban sentados simulaban estar dormidos para que no se sentara a su lado.

Yo intenté lo mismo. Tarde. Ya me había visto.

- ¡Primo! – me gritó peinándose sus sucios pelos, ayudándose de un escupitajo sobre la mano - ¿vas solo?... “pos” yo me siento contigo.

Recogiendo saliva de entre sus labios, la extendió por entre sus manos, y se limpió la cara. Curioso que era el muchacho.

- Lo vamos a pasar de puta “mae” ¿jae? – me dijo sentándose a mi lado mientras la guapa muchacha que había sentada al otro lado del pasillo lo miraba con un asco difícil de contener.

Pobre muerto de hambre, bastardo del tiempo – decían sus preciosos ojos azules.

- Eeeei - la saludó sonriéndole con su curiosa caja dental

- está buena la pollita ¿jae? – me dijo golpeándome con su codo, proporcionándome un dolor que me costó disimular

- sí, es guapa – sonreí, mirando por la ventana intentando dejarle claro que mi indiferencia iría aumentando cuanto más tiempo pasara

- ¿guapa? - gritó, peinándose con sus sucias manos de uñas quebradas - ¿has visto las tetas que tiene? Si con esas tetas podría estar mamando yo leche hasta “er” día que la “escaliche”

- ¡qué cerdo! – le dijo la preciosa muchacha, escandalizada, aunque más asqueada por el nauseabundo hedor que desprendían sus ropas

- ¡digo la tía! ¡pos no “ma” dicho cerdo!... ya no te digo más piropos, “esaboría”

- ¿”tas dao cuén”? – volvió a preguntarme golpeándome con su codo en mi brazo, haciéndome ver las estrellas - ¡qué esquife!

- tío, ¿no puedes tener un poco de cuidado? – le pregunté muy serio – me has hecho daño ¿sabes?

- perdona pollo... mira que eres “blandico”. “Toas” las tías buenas están “apollardás”. Lo que pasa es que esta tiene un buen “fregao” – me dijo sonriendo, mostrándome unos dientes que jamás imaginé posibles.

En la parte superior no tendría más de cinco, todos marrones. Y en la de abajo, eran restos de dientes, comidos, tan deteriorados que apenas quedaba la raíz ennegrecida.

- Oye, primo, que muchas gracias por lo que has hecho por mí

- no te preocupes, hombre. Lo paga mi viejo

- nadie había hecho esto antes por mí. Y te “uro” que te lo pagaré “encontaica” tenga dinero. Tengo un “bisnes” en mente que como me funcione me va a dejar mucha “guita”... pasta gansa ¿jae?

- me alegro – le dije mirando de nuevo por la ventana, comprobando que, por fin, el autobús salía de la estación, giraba a la derecha, y recorría “La Redonda”.

El primer trayecto conseguí que me dejara en paz. El truco de mirar por la ventana estaba dando sus resultados. Y como dicen los entrenadores: Si algo funciona, no inventes.

Por la ventana iba viendo gente pasear, edificios con ventanas cerradas, y tiendas... muchas tiendas. Una de pianos, una inmobiliaria, una de motos, una Caja General de Ahorros, hasta que giramos a la derecha otra vez, y salimos de Granada en dirección a Motril.

El olor era insoportable. Jamás había oído tan mal, y dudaba que pudiera llegar hasta Motril sin marearme. La situación había hecho que olvidara el motivo de mi repentino viaje. ¿Seguiría aún vivo el abuelito?.

Noto que los que van sentados delante miran hacia nosotros con descaro. Lo extraño es que Elemi no plante cara. Pero más extraño es aún que gente tan cobarde se atreva a mirarle tan descaradamente. En sus caras se ve todo el asco que, seguramente, yo también estaré demostrando.

Al mirarle comprendo todo. Se ha quedado dormido, con la cabeza totalmente girada sobre el pasillo, y con babas blancas cayendo de su boca sobre el suelo.

La joven de antes se ha cambiado de sitio y se ha ido al final del autobús. Suerte que tienen algunos – pienso.

Así, tapándome la nariz, consigo examinarle más detenidamente. Al igual que el resto del autobús.

- ¿De dónde habrá sacado el dinero para el billete? – se oye la voz del conductor, que le mira de reojo por el retrovisor. Su mirada se fija en mí, y me hace sentir culpable.

Elemi no tendrá más de veinticinco años, aunque su aspecto le lleve hasta la treintena. Su pelo podría ser rubio si no estuviera tan sucio. Tiene una buena mata de pelo, mal cortado no hace ni un mes, y una coleta al estilo “bosé”.

En la mejilla izquierda tiene una cicatriz que le atraviesa media cara. Suave, casi imperceptible, y sus labios están agrietados y con heridas ya curadas y cicatrizadas. Viste una camisa de cuadros a la que sólo le quedan dos botones, con el bolsillo roto. Aún conserva la marca “Lee”, y lleva una cadena oxidada, quizás de lata, con una especie de Virgen del Carmen... o cualquier otra. No soy muy bueno para las imágenes religiosas que van más allá de un Cristo en una cruz.

Sus pantalones son vaqueros. Parecen grises, pero son azules. Esos sí que no han pasado por la lavadora ni una sola vez. Ni pasarán.

No lleva calcetines, aunque lo parezca por el color de su piel, y calza unos botines New Balance, totalmente rotos, “deslenguados” con los que alguien se cansó de jugar al baloncesto hace ya algún tiempo.

Un repentino frenazo hace que todos nos violentemos. Para nuestra desgracia Elemi se despierta.

- Me he “quedao traspuesto” – me dice golpeándome otra vez con su codo

- tío, joder... que haces daño – le regaña, cada vez más seguro de su falta de peligrosidad

- perdona, primo – se disculpa observando cómo froto el brazo donde me ha golpeado con su codo – es que a veces no mido

- no te preocupes, hombre – le digo con tono ya algo más amistoso.

Es precisamente por la manera en que todos le miran que me pongo de su parte. Pero rápidamente vuelvo a enemistarme con él.

Sacando una colilla de su bolsillo la enciende y desaloja todo el humo en mi cara.

Además del humo, algo de esputo también aterriza sobre mi nariz.

- ¿No puedes apagar el cigarro? – le dice el conductor, que no le quita ojo de encima

- ¿Por qué? ¿es que no se puede fumar aquí?

- no deberías – le digo mientras los primeros indicios de mareo empiezan a asomar por mi estómago. El olor del tabaco, sus babas, su propio olor corporal... Es demasiado para mí.

- Tío, me estoy mareando. En serio...

- no te preocupes, hombre, que lo apago ahora mismo – me dice sonriéndome

- ¡Pero que no lo hago por ti, capullo! – le grita al conductor. Este le responde en silencio, mostrándole uno de sus dedos por encima de su cabeza.

Durante cinco minutos todo sigue tranquilo. Yo sigo mirando por la ventana. Ya estamos por el Suspiro del Moro, justo a la altura del desvío de Otura, donde se encuentra la gasolinera BP.

Pero él está aburrido, y yo soy su víctima.

- Primo... primo – me vuelve a golpear con su maldito codo

- dime – le contesto sin mirarle, aburrido

- ¿sabes cuánto tiempo llevaba en Graná?

- no (ni me interesa)

- pues dos semanas. Vine a ver a un colega al “polígamo”, pero ha “estirao la pata”, y como no conozco a “naide” no he podido bajar en todo este tiempo

- ¿y qué has estado haciendo? – le pregunto, maldiciendo inmediatamente por entrar en su juego. Mi maldita curiosidad

- “pos na”... “daquí pallá”... dando “güeltas”, pidiendo guita, pero la peña es “mu agarrá” ¿jaes?

- es que la gente no tiene dinero, tío

- ¿qué dices?... si vivís como reyes en Graná. Os he visto por la noche. Estáis “toas” las noches en el Barra Fija ese, o en el otro, ¿cómo se llama?. “Pa” eso sí tenéis pasta gansa.

- ¿Y no tienes familia en Motril? – mi curiosidad otra vez

- sí, un hermano... pero no me habla. Y hace bien. La mujer no me “pue” ver ni en pintura. Es una “laillosa”. “Aholá” se muera la “mu” puta

- un golpe de mezcla te metía yo a ti en la boca – dice una anciana, sentada dos filas más adelante, haciendo reír a todos, incluido yo

- “Ñora”... usted a lo suyo, y no “farte”.

- la señora tiene razón – le digo – hay niños en el autobús

- los críos de ahora saben latín – su sonrisa cada vez me resulta menos desagradable

- ¿y tus padres?

- a mi “pae” no lo conocí, y mi “mae” se fue al extranjero con un buscavidas. Creo que también se murió, pero no lo sé. Se fue a Galicia, o a Teruel... no lo sé muy bien

- ya veo

- me he “criao” en la calle, en el puerto... ¿conoces El Varadero?

- sí, claro

- pues ahí es donde me crié. He estado viviendo robando “pescao” hasta que metieron los “marditos” guardamuelles y nos echaron de allí

- un primo mío es Guardamuelles

- un cabrón, seguro

- no, hombre... es buena gente

- créeme, ni uno es buena gente. Sólo quieren vigilar y echar a “to” el que moleste

- ese es su trabajo

- pos que se busquen otro, que con ese me dan por culo ¿jae?.

Fue en ese terrible momento cuando todo giró irremediamente hacia el caos. Elemi, haciendo varios aspavientos y algunos ruidos guturales algo desagradables, amenazó con vomitar.

- ¡Primo! – le grité - no me digas que vas a vomitar

- ¡hala! – otra vez la anciana - ¡lo que faltaba!

- este se ha “empeñado” en darnos el viaje, María – dice su esposo

- no te preocupes – me dice mirándome con los ojos vidriosos – está “to controlao”. Yo nunca vomito. ¡Y usted a lo suyo!

- menos mal, qué susto – le digo justo en el momento en que una bocanada de vómito multicolor sale de su boca. Por ¿suerte?, ha abierto las piernas y está vomitando en el suelo. Yo sigo impoluto. Asqueado pero milagrosamente limpio.

El olor es repugnante. Ahora el protagonista no es él. Él sigue a lo suyo, desalojando todo lo que le sobra, agachado, haciendo todo tipo de ruidos guturales y nasales que no hacen mas que incrementar la sensación de caos del habitáculo.

Todos me miran a mí, haciéndome culpable por lo que hace mi compañero de asiento, y yo no sé qué decir. En realidad me siento tan culpable como creen.

- Guau tío, me he vuelto como un calcetín – dice golpeándome de nuevo en el hombro con su codo mientras se limpia la comisura de los labios con la manga de la camisa. El olor es insoportable, pero a él no parece importarle, Ni siquiera se molesta en no pisar el vómito multicolor.

La gente, escandalizada, levanta sus pies porque el río de vómito viaja hacia delante al bajar el autobús por una cuesta. Cuando sube otra más empinada aún, el vómito vuelve hacia atrás, y una voz grita al conductor para que pare y limpie.

Cuando para todos salimos corriendo del autobús. Todos menos Elemi, que sigue sentado en su asiento, mirándonos extrañado desde el amplio ventanal. El conductor se acerca, le grita, y Elemi se levanta y se encara con él. Un muchacho al que conocía de mi época de colegio y yo tenemos que entrar para separarlos. Por suerte la sangre no llega al río. Y digo la sangre porque la hubo. Por lo visto nuestro amigo, cuando está inmerso en un proceso violento tiende a verter sangre por la nariz. Cuando lo sacamos del autobús el cabronazo del conductor – perdón, pero no tiene otro nombre – enseña la camisa a los demás pasajeros diciendo que le ha pegado. Es entonces cuando vuelvo a defenderlo. No puedo con las injusticias. Mientras discuto con el conductor veo algo raro en la cara de Elemi. Parece como si fuera a ponerse a llorar. Se ha emocionado.

- Gracias primo – me dijo al subir al autobús – es la primera vez que alguien da la cara por mí. “Ma llegao mu adentro”.

Aun así, una vez más la injusticia vence porque todos creen al conductor y tienden a marginarme el resto del viaje.

Pasamos el puente de Vélez y el olor sigue siendo insoportable. Restos de vómito aún corren por entre nuestros zapatos.

Es cuando llegamos a al altura del puente de Salobreña cuando todos respiramos. Al entrar en Motril el autobús para frente a La Palma. El conductor invita a Elemi a bajar.

- Primo – le digo – será mejor que te bajes ya. Es lo mejor para todos
- Va bueno – me dice levantándose – pero antes deja que te de un abrazo
- No hace falta – le digo, aunque también se lo habría implorado si me hubiera dado tiempo a escapar.

Elemi me abraza. Todos me miran con cara de asco. Yo mismo sé que la mía es igual, y se despide diciéndome que algún día me pagará todo lo que he hecho por él

- No hace falta, hombre – le digo
- ¿cómo que no? ¿acaso crees que algún cabrón de estos me habría pagado el billete como has hecho tú? Tú eres legal , y aquí tienes un hermano.

El murmullo fue espeluznante. El autobús salió de nuevo dirección a la parada de la Calle Ancha y todas las miradas, y comentarios iban dirigidos ahora a mí.

Yo perdía la vista en la Avenida Salobreña y en sus gentes, en el ambulatorio de la Seguridad Social (nuestro hospital), en su rampa de entrada y en sus extrañas ventanas. Después mis ojos persiguen a una mujer, cargada de bolsas, que sale del Simago .

Después en el cuartel de la Guardia Civil, con sus puertas verdes abiertas y un guardia con tricornio brillante vigilando. Es en las Explanadas donde veo a una ex novia paseando con un ex amigo. Creo que se dirigen al Terraza, y recuerdo los criminales de carne con tomate.

En el cerro la gente sube y baja... ¿Cuándo se va a terminar esto? ¡Me siento como si estuviera ante el tribunal de la Inquisición!

Seguimos por el parque, subimos hacia la Rambla de Capuchinos, miro hacia mi calle y veo gente en la puerta de mi casa. El trayecto de Calle Cruces y llegada a la estación se me va. Ya sé que mi abuelo ha muerto.

Bajo la calle triste, y a la altura del supermercado la imagen del abuelo me hace sonreír. La sonrisa se me borra al llegar a mi casa. Mi padrino, a quien hacía mucho que no veía, me da la noticia.

- Tranquilo... ya se ha ido – me dice dándome dos besos en las mejillas.

O.1.0 EMPATIZANDO

Fue dos semanas después cuando volví a encontrarme con él. Y el encuentro fue impresionante.

Primero le vi en la puerta de la discoteca Katena, pero intenté evitar mi entrada mientras él estuviera por la puerta. Preferí quedarme con mis amigos tomando unas cañas en el bar mientras le observaba ahí afuera. Estaba solo – siempre lo estaba – pero a él no parecía importarle. Era feliz a su manera.

Intentó colarse en la disco por lo menos cinco veces, y en todas el resultado era el mismo. En la disco no le dejan entrar, pero los porteros le tienen cariño.

Siempre gasta la misma broma. Él hace como que entra, les da la mano y le dice: “toma, para que te hagas una raya”, y le da un trocito de espejo, o una carta de la baraja para cortarla, o la simple carcasa de un boli “bic”.

Los porteros de Katena, que ya le conocen. No le dejan entrar nunca, pero se las apañan para sacarle una copita de vez en cuando.

A él no le importa no entrar. Fuera de la disco hay casi tanta marcha como dentro.

Allí fuera es donde la peña se fuma los petardos, se meten sus rallitas, y beben a un precio mucho más razonable. La pega es que allí nunca están las niñas pijas. Todas están en la pista mostrando el género.

Cuando le vi alejarse de la puerta, y se perdió entre la multitud, me decidí a entrar. Esa noche fue algo rara, pero, por lo menos, conocí a una chica que estaba de muerte. Toni estaba algo alicaído porque se había discutido con su novia, y Charlie, Carlos y Jesús no habían bajado de Granada por culpa de unos exámenes.

La chica y yo nos miramos toda la noche, pero ninguno fue capaz de dar el primer paso. Fue a la salida de los servicios donde el encuentro se hizo inevitable.

Después de dos bailes, ya juntos, nos enrollamos, y acabamos en la orilla de la playa, metiéndonos mano entre las tumbonas, rodeados de tantas otras parejas, algún que otro mirón, y más de uno que se había pasado con el alcohol y con algo más.

Esa chica era un cañón, y aunque sabía que tenía que irme pronto porque había dejado solo a Toni, lo pasé tan bien que cuando regresamos a la disco eran ya más de las cinco de la mañana. Ella se fue con su hermano en la moto. Yo busqué a Toni pero se había ido hacía un par de horas en su Puch de marchas.

Aburrido salí de la disco para hacer dedo o encontrar a alguien con quien marcharme. Estuve esperando un buen rato, buscando por todos lados a alguien con quien volver a Motril, pero no había nadie conocido, y era una hora complicada.

Cansado me puse a andar por entre los pisos en dirección a “las tres erres”. No había llegado al García 2 cuando el ensordecedor ruido de una moto me hizo volver.

- ¡Primo! – grité al verle conduciendo una Vale roja, con el tubo de escape roto.

Al verme, dio tal frenazo que la moto cayó por los suelos desplazándose muchos metros mientras él caía también sobre el asfalto.

Sus gritos de dolor eran más sonoros que el chirrido de la moto, que provocaba llameantes ráfagas de chispas al contacto con el asfalto.

Acongojado le miré observando cómo iba dando vueltas sobre el suelo hasta detenerse cerca de la obra del Gran Hotel de Motril. Me asusté, pero ya se sabe que un borracho tiene más vidas que un gato.

Elemi se levantó, se sacudió la ropa, y corrió hacia la moto torpemente.

- ¡Ay, primo... la moto de mi colega Choni. Ese me mata. Ay primo, la moto del Choni!

- no te preocupes por la moto – corrí hasta él y me asusté al ver tanta sangre en su camiseta - ¿cómo estás tú?

- ¿yo?... ¿y qué más da? El Choni “ma emprestao” la moto y me va a matar

- venga, primo, vamos al centro de salud

- que no, que me dejes – gritaba intentando levantar la moto – dios, la moto, la moto

- pero ¿no ves que te falta un dedo? – le dije al ver que una falange de su mano había desaparecido

- ay la moto, la moto... la moto

- tío, primo – le dije asustado, cogiéndole de los hombros – que te falta un dedo

- ¿qué? – preguntó, mirándome seriamente, agachando a continuación su cabeza y dirigiendo la mirada hacia los cuatro dedos de su mano, manchada de sangre

- tío, tenemos que ir al hospital

- ¡joder! – gritó golpeando el viento con su pierna derecha - ¡el anillo del Choni! Ese me mata seguro. Me lo ha dado para que se lo venda a mi vecino. Ese me mata cuando salga del trullo

- venga hombre, no seas tonto – le dije al ver cómo se daba la vuelta y empezaba a buscar por el suelo, siguiendo el rastro de la sangre – tenemos que ir al hospital. Estás perdiendo mucha sangre

- espera, espera – me decía con la voz temblorosa, a punto de desmayarse – tengo que encontrarlo.

Y así fue. Rápidamente encontró el trozo de dedo, empezó a hacer fuerzas – algo que no comprendía – hasta que vi cómo sacaba el anillo y dejaba caer el dedo como si fuera un trozo de pan de sobra. No me lo podía creer. Lo que le importaba era el anillo.

- Por lo menos no he perdido el anillo – me dijo sonriendo – y la moto parece que anda. No me lo podía creer.

- Ostias primo, ¿qué pasa? – me dijo abrazándome, como hacía siempre que nos encontrábamos

- Hola tío – le dije quitándomelo de encima – venga, vamos al hospital.

Increíblemente conseguí llevarle al ambulatorio de la Avenida de Salobreña en la moto. Aunque el manillar estaba totalmente doblado pudimos llegar a Motril. Al parar la moto en el mismo ambulatorio Elemi cayó al suelo de bruces. Llevaba desmayado desde que salimos de la playa, pero, por suerte, no se había caído.

Cuando llegamos, y el médico vio la situación, nos preguntó por el dedo.

- Joder... nos lo hemos dejado en la playa

- pues alguien tendrá que ir a por él. Y no creo que tu amigo esté en condiciones.

Por suerte lo encontré, y Elemi, a partir de ese día, pasó a llamarse el “nuevedeos”.

Yo, durante las siguientes semanas me quedé en Granada para calmar los ánimos de mis padres.

Por suerte papá estaba de viaje de negocios, pero mamá andaba muy preocupada con mis salidas nocturnas. Sobre todo cuando me encontró los condones en la cartera. Casi le da un patatús.

0.1.1 SU QUELI

Aunque mi madre no me dejaba salir aproveché que había salido con una de mis tías a sus visitas semanales a casa del párroco Don Ignacio para visitar a Elemi.

La noche anterior – casi el día – le había dejado dormido, babeando, tiritando de frío, con escalofríos continuos en esa vieja casa que tanto me impresionó.

No podía permanecer impasible. Tenía que intentar ayudarle.

Así, sin pensarlo más, cogí una bolsa del supermercado, cogí una botella de aceite, unas tripas de salchichón y de fuet, un tarro de mantequilla y una barra de pan.

Aprovechando que mi hermana había metido en su cuarto a uno de sus novios saqué la moto con cuidado, tiré calle abajo sin arrancarla, y cuando llegué al final solté el acelerador y el motor empezó a hacer su característico sonido Kit Yasuni.

Al llegar a su casa, que estaba a espaldas de la calle Cementerio, pegué en la puerta.

Pasaron diez minutos hasta que la puerta se abrió, y si no me marché fue porque había escuchado su voz desde el principio.

- ¡ya voy, ya voy! – gritó una voz desconocida desde el interior.

Al abrir la puerta salió una cabeza despeinada, con amplia nariz en forma de globo y unos ojos tan pequeños como los del mismo Elemi. Sus orejas eran pequeñas, escondidas tras unos pelos sucios y despeinados. Sin duda era hermano de Elemi. Su prosopografía sería fácil de hacer solo con pensar en Elemi.

- ¿Tú quién eres y qué coño quieres? – me preguntó mirándome de arriba a abajo

- hola, soy Javi, soy amigo de Elemi – le dije un tanto nervioso por la inspección a la que estaba siendo sometido

- ¿tú amigo de Elemi? – me preguntó sonriendo, mirando mi ropa con una clara sonrisa burlona – espera un segundo...

- ¡Primo! – le gritó – aquí hay un pollo pijo que dice que es amigo tuyo.

Otros cinco minutos de espera y la puerta volvió a abrirse. Me empezaba a cansar.

- Pasa – me dijo rascándose la cabeza con la velocidad y la destreza del perro de mi hermana – está en su habitación.

Al entrar el olor era desagradable. Era una mezcla de humedad y basura. Había tanta humedad que hasta hacía frío. Las paredes estaban mojadas en sus esquinas superiores, y alguna que otra raja se podía ver escapando de detrás de los cuadros que intentaban ocultarla.

Al pasar tras una cortina roja, sucia, muy vieja, y que daba asco tocar, me adentré en un salón pequeño, de no más de cuatro metros cuadrados.

En el centro había una mesa camilla, con un hule de plástico cubierto de restos de comida, colillas y una botella de vino Castillo de Salobreña. Un sofá muy pequeño, naranja, con roturas en los dos brazos, hacía de cama de un gato y un perro a los que nadie había lavado en los últimos años.

El salón no tenía espacio para más. Sólo una silla de anea descansaba bajo la ventana con macetas colgadas. En las macetas no había nada... ni tierra.

La ventana dibujaba un patio de pared de ladrillos, y pude ver una escalera que subía, sin duda, a una azotea.

En el tercer escalón había una pelota de cuero muy vieja, desinflada. Un par de escalones más arriba había un bote roto de Mistol con lo que parecía una escobilla de váter dentro.

- Ahí lo tienes – me dijo el primo de Elemi – está “to ennoclao”. Ha estado toda la noche cagándose en tó ¿jae?

Elemi estaba en calzoncillos, con los sucios calcetines puestos, y dormido.

Me quedé mirando la habitación. Estaba repleta de fotos de cantantes y tías desnudas. Pude reconocer a Samantha Fox, Sabrina, una artista de culebrones que estaba más buena de lo que yo pensaba, y muchas más.

Pero el que más aparecía en todas las paredes era Sid Vicious. Estaba, por lo menos, en cuarenta fotografías. También tenía muchas fotos de los Kiss pintados.

Pero fue su colección de vinilos lo que más me llamó la atención.

A pesar de no tener un solo mueble en condiciones en toda la casa – ni siquiera la cama donde dormía – tenía un tocadiscos impresionante, un technics 2200tc, igual que el de las discotecas. En la tapa que cubría el tocadiscos tenía una pegatina cuadrada donde se podía ver a un punk con cresta gritando a otro: “Eres un punk de postal... un punk de escarate”.

Me acerqué a la colección de música y pude contar hasta doscientos discos, todos ordenados por su nombre y perfectamente colocados.

Tenía discos de Eskorbuto, Parálisis Permanente, Golpes Secos, Alaska, Sex Pistols, Kiss, Loquillo, Los Rebeldes, Glutamato Yeyé, La Polla Records, y no sé cuántos grupos más.

La imagen de ese tocadiscos y los discos perfectamente colocados y cuidados me hicieron verle de otra manera. A pesar de no tener suciedad por toda la casa su cuarto parecía un santuario.

Junto al tocadiscos tenía un spray para limpiarlo, una gamuza, y varias más para los discos. También tenía botes de líquidos limpia vinilos. Sin duda era un tipo singular.

Intenté despertarle pero no pude, y viendo que estaba bien, aunque aún cansado, preferí dejarle dormir y descansar.

Acercándome a la cocina me encontré a su primo haciéndose un cigarrillo con los restos de todas las colillas que fue buscando.

- Tú no fumas, ¿verdad? – me preguntó sonriendo, con esos minúsculos calzoncillos y un paquete algo abultado, casi empalmado, intentando asomarse

- no, no fumo

- ya me extrañaba a mí. ¿Y de qué conoces tú a mi primo? Tú no eres de los nuestros

- le conocí en Graná, en la alsina

- ahhh, ¿tú eres el pollo que le ha pagao “er billete”? Eso está bien, payo, eso está bien

- mira, ¿dónde puedo dejar esto? – le pregunté enseñándole la bolsa que traía de casa

- ¿y eso qué cojones es?

- es algo de comida que le he traído a Elemi... y a ti, claro

- pos déjala ahí en el pollo – y así hice, colocando la bolsa en el único hueco limpio que había en la encimera de madera.

Después me despedí y me dirigí a la puerta. Antes de irme me acordé de que no le había dicho que tenía que llevar a Elemi el lunes al ambulatorio para que le curaran el dedo.

Al entrar de nuevo en el salón, y mirar hacia la cocina pude ver al primo de Elemi comiéndose el fuet a bocados, lo mismo que el pan, y bebiéndose la Coca Cola de dos litros como si fuera un vaso de agua.

Para no molestarle preferí escribirle una nota y dejársela en la mesa del salón.

Me fui a casa con más tristeza que con la que me hizo ir a visitarle. Y una pregunta se dibujó en mi pensamiento: ¿verían la nota entre tanta suciedad?, ¿se la comería el perro cuando despertara?...

O lo que es peor, ¿sabrían leer alguno de los dos?.